

LA LUNA SIN DELITO

El coche se estropeó sin arreglo en un momento difícil, cuando Cosme estaba a un mes de casarse, y dos meses después de haber perdido su trabajo. ¿Qué hacía él sin coche? Se hacía esa pregunta a todas horas, sin importarle las otras: ¿qué hacía él en el paro, en el matrimonio? Decidió ir a ver a su padre, que tenía respuestas para todo. Pero para ir a ver a su padre en el pueblecito de la Sierra de Teruel donde vivía aislado necesitaba un coche.

Su amigo Pedro tenía un amigo que vendía coches de segunda mano a muy buen precio. «No le preguntes de dónde los saca.» Era lo último que Cosme quería, hacer más preguntas. El jueves a primera hora fue en taxi a un polígono industrial de la carretera de Burgos, llamó al timbre de una nave, le respondió una voz de mujer, bajó un hombre con una raqueta en la mano que se presentó como Tino y le señaló un Opel Corsa de cinco puertas aparcado enfrente. «¿Te gusta?» Cosme esperaba un desfile de modelos de coches usados, pero como no había otro, el Opel Corsa le tuvo que gustar. El barro de las ruedas y el polvo de los cristales se irían con una limpieza. «No está mal.» Tino le dio las llaves, se dirigió al coche, abrió la puerta tra-

sera, dejó la raqueta enfundada encima de unas bolsas de plástico vacías y ocupó el asiento del copiloto. «Arranca cuando quieras. El coche no tiene misterios.»

Cosme, acostumbrado a otras marcas, manejó sin dificultad el Opel Corsa de Tino; en veinte minutos llegaron al portal de su casa, donde su Renault Mégane, averiado pero recién lavado, no daba la impresión de coche enfermo que daba el Opel. «¿Te gusta?» Tino no dijo nada; rodeó el coche aparcado junto al bordillo, miró el interior, golpeó con los nudillos las ruedas, abrió el maletero, pero no se molestó en examinar el motor. «No me habías dicho que era un Mégane de primera generación. Los motores fueron mejores que los de la segunda, pero este coche tiene por los menos once años. Me lo quedo, aunque es carne de chatarra. Y me das mil doscientos euros por el Opel, que es un niño al lado del tuyo. Cuando lo laves no lo vas a reconocer. En carretera corre como Dios, y poco a poco vas a ir descubriendo los detallitos que tiene. Cuatro airbags. Cuatro, que se dice pronto. Dos laterales. ¿Los ves? De esos no se ven muchos. Y la porra de las marchas es un poema. Su propietario anterior, que no tienes por qué saber quién es, era un caprichoso.»

Cosme ya se había dado cuenta en el trayecto desde el polígono a su casa de alguno de esos caprichos: el estampado de la tapicería, con paisajes de picos nevados y glaciares, el volante forrado de piel tupida, tal vez de zorro, la palanca de las marchas, pintada de plata y terminada en forma de piña con incrustaciones de perlas. Más porra que piña; tenía que darle la razón a Tino. «Sólo hay un pequeño problema en los elevelunas: funcionan automáticamente, y funcionan bien uno por uno, pero si quieres elevarlos a la vez sólo funcionan tres. Sería mucha casualidad querer levantar los cuatro de golpe, ¿no te parece? El coche tiene

“eisi”, y ése sí que funciona de puta madre.» Fueron las últimas palabras de Tino, antes de darle la mano y guardarse los seis billetes de doscientos euros en el interior de la funda de la raqueta. Esa misma tarde mandaría una grúa para llevarse el Mégane escacharrado.

Cosme se quedó junto a su nuevo coche hojeando los papeles, que parecían en regla, y satisfecho del color, un gris marengo muy sobrio. A última hora de la mañana lo llevó a limpiar, le puso gasolina y llamó a su padre para anunciarle su visita. «No hace falta que vengas. Me ha traído un vecino a Madrid, en su furgoneta. Pero ahora no puedo verte. Estoy a punto de encamarme con quien tú imaginas. Te llamo mañana.» Como tenía el depósito lleno y la tarde vacía salió a hacer kilómetros. Marisa volvía el domingo de Dublín, y quería darle la sorpresa en el aeropuerto, asegurándose de que el coche no iba a fallar. Incluso podía reparar los elevallas.

Cuando llevaba veinte kilómetros en dirección a Toledo descubrió un nuevo capricho del anterior propietario en los reposacabezas. Los dos delanteros tenían la forma del cuello de una serpiente, y al volverse sin dejar de conducir vio que detrás sólo había uno, éste convencional, a la izquierda. Le entraron ganas de saber más cosas del coche, y aunque era un día desapacible del mes de octubre dio al interruptor del «eisi»; el aire enfriaba con rapidez. También probó la radio, comprobó que había reproductor de cedés y una guantera con una media luz azulada de puticlub. El claxon sonaba, sin mucha intensidad, con la melodía de «La Marsellesa».

Cinco kilómetros más adelante se detuvo en un área de descanso, y en vez de salir a estirar las piernas se puso a examinar el interior del Opel. El asiento corrido posterior tenía cuatro apoyabrazos encajados en el respaldo, y si se ba-

jaban los cuatro a la vez el sitio para sentarse quedaba muy reducido: sólo unos niños delgados cabrían estrechamente. Las alfombrillas no eran de caucho, sino de esparto, y alguien se había entretenido en recortarlas por el centro con unas tijeras o un cuchillo: «Mara», un corazón atravesado por una escopeta, el tallo de una flor sin hojas, eso era lo único que podía reconocerse. Llegó a Toledo, y sin parar regresó a Madrid por otra carretera, dando después vueltas por su barrio, hasta que se hizo de noche. Su padre no llamó, y a Marisa, en vísperas de su examen del *Proficiency* en Dublín, tenía prohibido llamarla.

El viernes al mediodía salió de nuevo en el Opel Corsa, y conduciendo por el Paseo de la Castellana hacia Colón vio por el espejo retrovisor a Tino al volante del Renault Mégane. Su ex coche corría más que ningún otro en el carril de bajada, y mientras esa carne de chatarra le adelantaba Cosme bajó el cristal de su ventanilla y sacó la mano; Tino no se dio por aludido y siguió acelerando. Tocó entonces continuamente el claxon, pero por encima de «La Marsellesa» apagada se impuso el timbre *tecnó* de su móvil con una llamada de su padre. La contestó y perdió de vista al Renault. «Tienes media hora para dejarte invitar a comer. Te espero en la Marisquería de Ferdi, ya sabes dónde.»

Se tomaron un salpicón cada uno, un plato de gambas rojas y dos botellas de Albariño, pero a cambio del almuerzo el padre tenía que pedirle el gran favor de que le ayudara a transportar sus nuevos cuadros a la galería donde iba a exponer. «Ya sabes que en mi coche no entra ni un alfiler. Por eso aproveché la furgoneta de mi vecino, el único que vive todo el año en el pueblo, como yo. En el tuyo...» A mitad de esa frase vio el Opel Corsa que Cosme acababa de desbloquear con el mando desde la puerta del

restaurante. «¿No decías que estabas en la ruina? Ese coche vale por lo menos dieciséis mil euros.» Antes de que su hijo le diera explicaciones, el padre abrió la puerta de atrás y sospesó la cabida como un experto: «Por lo menos mil litros, y si bajamos los asientos de atrás aún cabe más. Éste es el coche que a mí me convendría, si pudiera pagarlo. El color es lo único que no me gusta. ¿Te lo ha regalado tu futura esposa? Cuando hayas bajado el vino ven a esta dirección, el piso de Eleni, mi chica. Te espero sobre las siete.»

«¿A qué huele aquí dentro?» Eran casi las ocho de la tarde, y el padre de Cosme estaba amontonando sus telas en la parte de atrás del Opel, mientras el hijo tensaba las cuerdas sobre los plásticos de burbuja. «Hijo mío, aquí dentro huele a coño.» Dejó de ocuparse de sus cuadros y sonrió. «Ya te entiendo. Has querido estrenar el coche antes de que llegara la novia. Me parece muy sano. Pero tienes que quitar ese olor antes de que vuelva Marisa. Las mujeres se huelen unas a otras. No sabes hasta qué punto.»

Llevó en el coche a su padre, le ayudó a bajar los cuadros junto con un asistente de la galerista, y cuando acabaron se plantó delante de la puerta de la galería. «No sé por dónde tirar, papá.» El padre le pasó un brazo por los hombros y le volvió a llevar hasta el Opel Corsa. «Ya. Y mientras lo decides te tiras a una tía ahí detrás, ¿no? Era una broma, hijo. Hablamos en serio cuando tú quieras, pero después de mi *vernissage*. Con mi novia de 28 añitos y mis telas, que son también 28, no tengo ahora la cabeza para consejos. El viernes, una vez inaugurado esto y acostumbrado más al ritmo que me impone Eleni, quedamos a comer. Pero ese día me invitas tú. Yo no voy a vender nada, ya ves lo difícil que es mi nueva obra. Tú, con ese cochazo...»

Cosme llamó a Pedro, que estaba montando las luces

de un espectáculo de flamenco en Tenerife. «Te dije que no tenías que hacer preguntas.» «A Tino, pero a ti sí te puedo preguntar, eres mi amigo.» Hubo un silencio sobre un zapateado lejano. «Yo sólo he sido un intermediario, recuerda. El coche te funciona, y estaba tirado de precio, ¿qué más quieres?» Alguien gritó al otro lado el nombre de Pedro. «Quiero que me des su número de móvil. Tengo que hacerle una consulta técnica.» Daban palmas, pedían más focos, más salero andaluz en el cante. «Si es por eso, te lo doy, pero ya te advierto que esta gente cambia de móvil como de camisa. Apunta.»

Mientras volvía a casa conduciendo llamó al número de Tino, y salió un mensaje en el contestador, con la voz de una mujer, quizás la misma mujer que le contestó en el portero automático de la nave. La voz repetía el número, sin decir nada más. Cruzando la plaza de Mariano de Cavia vio un Renault Mégane como el suyo, pintado de otro color, con una matrícula distinta, pero aun así lo siguió; diez minutos emocionantes de persecución bordeando el Retiro, hasta que al llegar a la Puerta de Alcalá se cansó y lo adelantó, sin fijarse en la joven que lo conducía.

En el momento de aparcar delante de su casa se acordó del olor. ¿Cómo era el olor a coño? La verdad es que le resultaba imposible recordarlo; había tenido tres novias antes de conocer a Marisa, y unos cuantos ligues, pero lo que recordaba de esas chicas era el pelo, las piernas, de una las manos largas y las uñas, que se pintaba cada día de un color, de Marisa el perfume con aroma a mandarina. Arrodiado de espaldas al volante se puso a husmear. ¿Un resto de tabaco quizás? Pero eso nunca podría confundirse con el olor del sexo de una mujer. Su padre debía de tener más olfato que él. O saber más del coño. Por si acaso decidió abrir las ventanillas para que se fuera el olor que él no olía.

Dio al botón automático y los elevalunas no se elevaron; ninguno de los cuatro. Mientras seguía intentándolo notó que el extremo derecho del asiento corrido de atrás no estaba al mismo nivel del resto, y acercándose más lo tanteó y levantó la tapicería: en un hueco no muy hondo excavado bajo la plancha estaba el reposacabezas que faltaba, pero mutilado: sólo con las varillas metálicas paralelas, sin nada donde reposar la cabeza.

Se enderezó en su asiento, cogió la llave de contacto, salió a la calle y abrió manualmente las cinco puertas del coche. Mientras dejaba salir el olor a coño, intentó de nuevo el teléfono de Tino. Ahora ya no respondían a la llamada. Al ir a cerrar el coche algo le llamó la atención, algo apenas visible pero brillante. Volvió a sentarse al volante y pudo distinguir, acercándose mucho, un pelo anudado al cuello de la porra de las marchas. Un pelo largo rojo, que en un extremo tenía pegado un pequeño mechón de cabellos del mismo color. Lo desató cuidadosamente de la barra, lo olió, no olió nada, y lo dejó caer entre la portezuela y el bordillo.

El sábado al mediodía se dirigió al polígono industrial, llamó al timbre de la nave y nadie le respondió. Frente a la puerta había un Renault Clio sin ruedas, con los cristales bajados, los reposacabezas tirados en las alfombrillas y los apoyabrazos arrancados y amontonados en la bandeja trasera. Eleva lunas, reposa brazos, apoya cabezas. Le estaba dando importancia a tres palabras compuestas que nunca creía haber dicho antes. Ventanillas, cabezales, brazos. Él los llamaba así, si es que los llamaba de alguna forma. En medio de ese examen del coche abandonado llamó Marisa desde Dublín. Había aprobado su examen de inglés y estaba celebrándolo con dos amigas italianas de la academia. «I am happy, and I love you. Do you love me? See you to-

morrow.» Cuando Cosme iba a preguntarle el nombre del perfume que ella usaba, Marisa colgó, sin decir nada más.

Compró una pizza para llevar y se la comió dentro del coche, estacionado en una callecita tranquila junto a las torres inclinadas de la plaza de Castilla. Entonces sonó su móvil, sin que en la pantalla apareciese ningún número. Se tragó el último trozo de Carbonara y respondió. Era una voz de mujer quizás extranjera. «Tú has llamado. ¿Quién eres?» «Me llamo Pedro, y trabajo en el teatro.» La voz se hizo más nítida, menos acentuada. «¿En qué teatro?» «En los teatros, quiero decir. Soy técnico de luces. Ahora mismo estoy de descanso.» La voz se endureció. «Ah, técnico. No te conozco. ¿Por qué has llamado?» «Soy amigo de Tino, y tengo unos coches para ofrecerle. Cosas muy buenas, de importación.» La voz dejó pasar un silencio. «¿De qué importancia?» «No, no, *de importación*, traídos de fuera. Importados.» La voz sonó cansada. «Tino no compra cosas robadas.» «Por eso le llamo. Esto es un buen negocio legal.» La voz arrastró las erres en la despedida. «Te llamaremos nosotros. Más tarde.»

Una hora más tarde, tirado en el sofá del salón de su apartamento viendo un documental de la BBC sobre los efectos dañinos del calentamiento global en las tortugas, recibió un mensaje en el móvil: «Ven a las once al Club Cúspide. Km 27 carretera de Burgos. Di en la puerta *Mar Negro*.» Cosme brindó por esa cita con la tercera lata de cerveza.

Salió de casa antes de las diez, y cuando llevaba unos kilómetros recorridos notó que el coche se estaba calentando. ¿Será el motor del Opel parte del globo en peligro? Se detuvo en un desvío a la altura de Alcobendas, levantó el capó y se puso a esperar sentado en la parte de atrás. ¿Calentarán los coños los coches? Abrió también las cinco puertas del automóvil, para ayudar al enfriamiento.

A las diez y cuarto llegó al Club Cúspide, estacionó cien metros más adelante, en el aparcamiento de un restaurante de carne argentina, y fue a pie hasta la puerta del club, vigilada por dos hombres con un abrigo excesivo para una noche tan recalentada. En ese momento se detuvo un taxi y bajaron riéndose dos parejas jóvenes, ellas con uniforme de azafatas, los chicos de paisano; uno de los porteros pagó al taxista y, sin necesidad de contraseña, les abrió la verja exterior del club. El portero, que seguía inmóvil en su puesto, miró a Cosme con desconfianza. «Mar Negro.» Las palabras clave no causaron efecto en los guardianes. «¡Mar Negro!» Ahora le miraron recelosos los dos. «¿Qué edad tienes?» A Cosme todas las chicas le decían que tenía cara de niño, y esa noche llevaba zapatillas de deporte, unos vaqueros y una camiseta de pico, pero aun así le dobló la pregunta. «Veintiséis. Tengo carné. ¿Quieres verlo?» El portero que había pagado el taxi sacó su propia cartera, no para enseñar su carné, sino para meter las vueltas del billete de cincuenta euros. «Veintiséis», repitió lentamente su compañero de puerta, como si esa cifra le resultase incalculable. «Es pronto. Vuelve a las once.»

Tenía media hora, y hambre. El restaurante argentino estaba lleno, el maître le quitó toda esperanza de conseguir mesa antes de la una de la madrugada, pero de repente alguien le llamó desde el fondo del local. «¡Tú!» Era Tino, presidiendo una mesa de mujeres, que se sumaron al recibimiento. Siete «tús» chillados alegremente al otro lado del humo de un asado de tira que se estaba haciendo en la parrilla del centro de la mesa. «Qué sorpresa, tú. ¿Has venido en el buga? Ya te habrás dado cuenta de que el volante está forrado de visón. Visón auténtico. Como el pelo de estas amigas tan guapas. Todo natural.» Acalorado por dentro y por fuera, Cosme se acercó, le dio la mano a Tino, se

dejó besar en la cara por seis de las siete chicas acompañantes, se sentó compartiendo la silla con una pelirroja de estatura pequeña y mucho perfume, bebió dos copas de vino tinto y comió un trozo de carne que chorreaba sangre.

Ya no tuvo que dar la contraseña para entrar a Cúspide. Llevando en la mano un gin-tónico en vaso de plástico, Cosme pasó en la comitiva de Tino, siete mujeres y él, aunque de las siete una no se apartó de su lado desde que él se tragara el último trozo del asado. Era una chica negra de ojos azules bordeados de color naranja, y se llamaba Manuela. «Manuela, así como suena. Soy española.» Entre la multitud de Cúspide, más hombres que mujeres, y más camareras que camareros, Manuela y Cosme se perdieron. Él se perdió; ella sabía dónde le estaba llevando. A la terraza de la discoteca, donde no había nadie más, sólo el gran anuncio luminoso del local anclado en unas patas de metal. La música disco de abajo se oía allí arriba atenuada por el zumbido del neón que centelleaba, partida en sílabas, la palabra *Cús-pi-de*. Manuela le besó, le pasó la mano por el cogote sudado, se desabrochó los botones de su corpiño, brillando su piel más claramente negra bajo la luna. «Soy tan española como tú.» La creyó y le bajó la cremallera de la falda de cuero.

Pero mientras se besaban, él, que siempre besaba cerrando los ojos, los abrió, para cerciorarse de la realidad, de la buena suerte, del negro de su española. En un amplio solar a espaldas del club, iluminados por la luna llena, había cientos de automóviles en filas. ¿Un parking más, o era el alcohol? «Es el depósito», dijo Manuela. Y entonces Cosme, sin soltarla, sin apartar su mano del culo empinado de la chica, se acercó al borde de la terraza a ver aquel paisaje metálico, quizás el más deslumbrante y tétrico que había visto nunca. ¿Quinientos? No los iba a contar, pero sí le

entraron ganas de averiguar sus marcas. «No seas niño. ¿Qué te importan a ti esos coches? Son carne de chatarra.» El inminente fin de todos esos vehículos abandonados aún le produjo más emoción, y se habría puesto a llorar si la boca española de Manuela, ayudada por unos brazos largos y elásticos que parecían formados en otras tierras, no le hubiera apartado del muro bajo de la terraza, llevándolo hacia el interior de la discoteca. «Mira ahí arriba, que es mucho más bonito: los lunares que tiene la luna. Yo como soy negra no tengo.»

El domingo, muchas horas después, a Cosme le despertó el sonido de una melodía conocida. «La Marsellesa». El claxon la tocaba, aunque él habría jurado que en su Opel Corsa sonaba más lenta. ¿Dónde estaba, y dentro de qué coche? Las copas de unos árboles pasaban hacia atrás ante su mirada vidriosa. Trató de incorporarse del asiento trasero, en el que alguien había levantado los reposabrazos, poniendo bajo su cabeza una almohadilla. El aire de un atardecer templado entraba por las cuatro ventanillas bajadas. «Hola.» La palabra salía de una boca que no podía ver en el espejo retrovisor, donde sólo cabían la frente de una mujer de melena rubia, unos ojos de larga pestaña, una nariz bonita con perlas incrustadas en las aletas.

Por fin se incorporó, se acercó a la conductora y notó un perfume fuerte, a fruta de algún árbol desconocido. «Yo soy Karina. ¿Cómo te encuentras?» ¿Cómo podía encontrarse él habiendo perdido a Manuela? Le entró entonces el temor de que Manuela fuera sólo una mancha lunar y con el sol se hubiese borrado. Karina le sonrió comprensiva, adivinatoria. «Manuela está cambiándose. Ahora iremos a recogerla.» Más tranquilo, Cosme se examinó a sí mismo. Iba vestido igual que la noche anterior, y eso le quitó la tranquilidad: «Tengo que oler fatal, y el coche oler a polla.»

La conductora le sacó de su mala conciencia. «Estamos yendo a tu casa, para que te pegues una ducha y te cambies. Yo te esperaré abajo. Ah, y otra cosa. Cosme es un nombre muy... muy pijo. ¿No te gustaría más llamarte Sandro? Sandro con equis. Viene mejor para todo.» El olor del perfume de Karina se hacía más tropical a medida que se acercaban a su casa. La cartera. También estaba en su sitio, el bolsillo trasero de sus jeans. Con los cien euros intactos, las tarjetas de crédito y la foto de su madre cuando era joven. «¿Y este coche?» «Es mío, ¿no te gusta? Es un Opel Corsa, pero un Opel Corsa Cool. Acaba de salir a la calle, en edición limitada. Ya no podría conducir otro coche.»

Al llegar al portal de su edificio vio una sombra delante de la puerta de cristal y hierro forjado. Karina detuvo el coche y sacó un cuaderno de la guantera, decorada como una gruta rupestre. La sombra de la calle se adelantó, se asomó a la ventanilla de atrás y dio un grito. «¡Qué hijo de puta!» Era Marisa, y lo dedujo más por las mandarinas de su perfume que por la cara, tapada con unas grandes gafas negras. Sin mirarle, su novia volvió hacia el portal y pulsó el portero automático. Seguía chillando. «No hace falta que llames a la policía, Juan. Tu hijo está aquí. Acompañado. Yo me largo. Gracias por todo, y perdona. Soy una gilipollas.» Abrió la puerta de la calle con su propia llave, sacó el maletín de viaje y, tirando sin dar el llavero a la ventanilla trasera del Opel Corsa Cool, se alejó corriendo y llorando. Cosme salió entonces del coche, miró a la ventana del salón de su apartamento, vio a su padre asomado y encima de él una luna que no acababa de redondear su disco pálido, sin lunares, sobre el cielo oscurecido. «Tardo diez minutos, guapa», le dijo animoso a Karina. «Sí, cuanto antes. Recuerda que empiezas a trabajar a las diez. Y ponte corbata, Xandro. Los hombres con corbata saben mejor.»

Subió en el ascensor canturreando, entró en su piso, saludó sin decir nada a su padre, sentado en el salón con una copa en la mano, entró en su dormitorio, se descalzó, pasó al cuarto de baño, se quitó el pantalón y la camiseta de pico, los metió en el banasto de la ropa sucia, se olió el cuerpo. Después de tantas horas y tanto trajín olía bien, pero aun así abrió la llave del agua, tomó el frasco del gel y se puso debajo de la ducha.